

## EL PROBLEMA DEL HOMBRE EN EL VOCABULARIO DE LA IGLESIA

POR

LOUIS SALLERON

Juan Pablo II ha empleado frecuentemente la terminología de Paulo VI al hablar del hombre. Si bien, que yo sepa, nunca ha empleado la expresión "culto al hombre", las palabras "dignidad", "libertad", "derechos" son frecuentemente usadas por su pluma y en sus alocuciones.

Bastantes católicos se hallan turbados. ¿Acaso el vocabulario de la Revolución, de la Democracia, del mundo ha sido oficialmente adoptado por la Iglesia? Las palabras son el vehículo de las ideas. ¿Como podrá defenderse la verdad revelada si se usan las palabras con las que se han expresado errores filosóficos? Se trata de una cuestión de enorme importancia, fácil de comprender, difícil de explicar y más difícil aún de "gobernar", es decir, de resolverla concretamente en el gobierno de la Iglesia, que requiere a la vez palabras y actos.

Aquí me limitaré a exponer el problema, sugiriendo un hilo rector para comprenderlo.

### La Revolución francesa

Todo arranca de la Revolución francesa, de la Declaración de los Derechos del hombre y de su divisa "Libertad, Igualdad, Fraternidad".

La filosofía de la Revolución es el humanismo, en el sentido de la exaltación del hombre, considerado como fuente, origen, centro, sujeto, objeto y fin de la sociedad. Los revolucionarios vaci-

lan entre un vago deísmo y un ateísmo más o menos declarado, pero en lo que se muestran firmes es en la declaración de que el poder social procede del hombre y no de Dios, y tanto menos si se trata de un Dios revelado, encarnado y redentor. A este respecto, la Revolución puede tomar cierta coloración religiosa —el Ser supremo—, pero expresa y resueltamente anticatólica. La Iglesia es rechazada porque afirma, con San Pablo, que “todo poder viene de Dios” y que, a ese título, siendo depositaria de la Revelación, tiene un poder directo o indirecto, según la materia de que se trate, sobre los hombres y su organización social.

Surgida de la civilización cristiana, la Revolución es ambivalente. Su promoción del hombre es una proyección del cristianismo llevada hasta darle la vuelta. Son las virtudes (y las ideas) cristianas “vueltas locas”, según la expresión de Chesterton. Simone Weil decía que el infierno es creerse en el paraíso por error. El paraíso revolucionario es el infierno: paraíso para quienes les gusta. La Revolución es, pues, condenada por la Iglesia. Joseph de Maistre la calificó de satánica. Seguidamente, el tiempo corre..

Tres entes se hallan en juego: la Iglesia, el poder político y la sociedad. Las interdependencias son recíprocas y las fuerzas en acción modifican continuamente los juegos de luces del escenario, y las realidades profundas que ellas expresan u ocultan.

La Revolución rusa de 1917 que, a su vez, continúa la Revolución francesa hasta llevarla a su término lógico, aun contradiciéndola, complica aún el problema.

La última guerra, finalmente, trastroca Europa de arriba a abajo, muestra la “barbarie con rostro humano”, da la victoria a la América capitalista y liberal y a la U. R. S. S. comunista y atea, y extiende al mundo entero la doble revolución, americana y soviética, laicizando el planeta con las dos tonalidades originarias de la Revolución francesa; el deísmo americano-protestante y el ateísmo soviético-(ex)ortodoxo. La Iglesia se halla sola, entre las dos herejías judeo-cristianas surgidas de su seno.

## El Vaticano II

Llega el concilio Vaticano II, reflexión de la Iglesia acerca de sí misma y de la acción que debe llevar a cabo en un mundo en el que de hecho ha sido abolida la cristiandad.

Es conocido el resultado. El Concilio, considerando que la doctrina se hallaba suficientemente establecida, no se ocupó de ella sino en dos Constituciones dogmáticas: *Lumen gentium*, acerca de la Iglesia, y *Dei Verbum*, acerca de la Revelación divina.

En su conjunto, el Concilio fue declarado pastoral, lo que es indicativo de la actitud que deberá tenerse con respecto del mundo moderno. Los dos textos que mayormente revelan esta tendencia son la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, acerca de la Iglesia en el mundo moderno, y la declaración *Dignitatis humanae*, acerca de la libertad religiosa.

El "espíritu conciliar" y las "reformas post-conciliares" darán cuerpo a las tendencias de la minoría progresista y modernista que había metido sus manos en las oficinas romanas. A esto Paulo VI lo denominó la autodemolición de la Iglesia. Pero Paulo VI, que sufría por ello, no quería ejercer actos de autoridad. A medida que las destrucciones se acumulaban, oponía encíclicas, alocuciones, exortaciones, en las que recordaba incansablemente las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia. Pero su confianza en la bondad del hombre y en los valores del mundo le paralizaban. No quería sino "presidir por la caridad", dejando a Jesucristo el cuidado de gobernar su Iglesia por el Espíritu Santo. El fin de su vida fue un calvario. A los crueles sufrimientos físicos se añadían sus sufrimientos espirituales. Murió aborrecido por los modernistas, que le reprochaban haber traicionado el Concilio con sus grandes textos doctrinales, y detestado por los tradicionalistas, que le acusaban de haber querido o tolerado aquellas medidas que tuvieron por resultado la subversión en la liturgia, en el catecismo, en el sacerdocio y en la evangelización, en nombre de la "dignidad del hombre", del "culto al hombre", de la "libertad religiosa", del "ecumenismo", de la "primacía de la conciencia", del "derecho al error",

de la "colegialidad", etc., etc. La profesión de fe del Vicario saboyano iba acompañada, en él, por el credo del pueblo de Dios. Murió desgarrado, dejando la Iglesia desgarrada, como él.

## Juan Pablo II

En esas circunstancias fue elegido papa el Cardenal Wojtyla, después del corto interregno de Juan Pablo I, cuya muerte trágica revela el drama que vive la Iglesia, tanto en su cumbre como en su base.

Juan Pablo II se impone inmediatamente. Cuando, el 17 de octubre de 1978, efectúa su primer mensaje al mundo, ya se halla el esbozo de su encíclica *Redemptor hominis*. Reléase especialmente la homilía que pronunció en su entronización el 26 de octubre. En ella resuena su famoso "¡No tengáis miedo!", que expresa, a la vez, el estado de la Iglesia y del mundo y su propia resolución. Las líneas en que figura esta llamada expresan todo su significado: "*¡Ayudad al papa y a todos aquellos que quieren servir a Cristo y, con la fuerza de Cristo, servir al hombre y a toda la humanidad! ¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid, todas las puertas de par en par Cristo! A su potencia salvífica, abrid las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los inmensos dominios de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengáis miedo! ¡Cristo sabe lo que hay dentro del hombre! ¡Sólo El tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!*".

Se observan claramente las jerarquías, las prioridades y las orientaciones de esta llamada. Es siempre, ciertamente, la apertura al mundo, pero para conquistar al hombre y al mundo para Cristo y la Iglesia.

En la encíclica *Redemptor hominis* volvemos a encontrar este esclarecimiento. Acepta, reivindica incluso, la herencia del Concilio, pero para hacerlo fructificar según la intención de la Iglesia, y en modo alguno según la intención de los novadores que han querido hacer de él un instrumento de subversión en ruptura con la tradi-

ción y con la doctrina inmutable de la sucesión de papas y de concilios desde el origen.

¿Dignidad del hombre? ¡Ciertamente! Dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios y rescatado por el Verbo hecho carne. ¿Libertad del hombre? ¡Sin duda alguna! Libertad del hombre liberado para su salvación por Jesucristo que se hizo hombre con ese fin. ¿Derechos del hombre? Sí, todos los derechos que corresponden al hombre por su dignidad y libertad, comenzando por el derecho a la Verdad que ordena el Poder al bien común de la sociedad y a la protección de los derechos individuales y colectivos de los hombres.

Las palabras del papa son claras y están iluminadas por sus actos. El pueblo de Dios no es engañado, ni el mundo tampoco. Entonces, ¿por qué tener miedo? ¿No sería esto, en fin, tener miedo del papa? Tengamos más bien miedo de no saber ayudarle en su tarea agotadora.